

# ESPARTACUS

ORGANO de la 77 BRIGADA MIXTA

MADRID, 1 DE SETIEMBRE DE 1937

NUM. 8



la guerra de hoy es la paz de mañana

Ayuntamiento de Madrid



# EL EJERCITO, PARA LA GUERRA

Vivimos horas difíciles. Horas en las que el palpar esperanzado de miles, de millones de corazones proletarios lo hace en ansias de libertad y de victoria. Horas de perfil tenso, de contornos duros y exactos como el filo del hacha. Horas duras, sí, pero también horas emocionadas, cargadas de presagios y anhelos, colmadas de esperanzas.

Y, sin embargo, nubes densas, nuncios de posibles tempestades de dolor y de muerte agobian los horizontes de libertad que se abren ante los ojos de los trabajadores de España.

Es que hay quienes han olvidado que en el pueblo, en esas masas de hombres de manos encallecidas, de ancianas de pieles reseca y de pañuelo anudado bajo el mentón, de niños cuyas pupilas han sentido el llanto de las catástrofes, que en el pueblo, sí, sólo en el pueblo, sólo en esa masa de sufrimientos estoicos y de heroísmos callados, han encontrado la fuente que les dió el poder de que disponen. Es que hay quienes han olvidado que si mandan en hombres es porque esos hombres, libremente, conscientemente, aceptan sus mandatos. Es que hay quienes han olvidado que si disponen de fusiles y ametralladoras es porque los trabajadores de España los pusieron a su disposición confiando en su hombría de bien de hermanos proletarios.

Es que hay quienes olvidan que nada fueron y nada pueden volver a ser cuando el pueblo que los alzó de junto a las piedras, junto a las piedras los vuelva en respuesta adecuada a su soberbia o a sus crímenes.

No, hombres de España, no. Los soldados de España son hijos del pueblo, son hombres del pueblo. Y son hombres que luchan, sí, luchan, con todas sus fuerzas, con todo su heroísmo, con toda su voluntad, para expulsar para siempre de España a los tiranos seculares. Pero

ni luchan ni lucharán jamás para levantar pedestales a nuevos tiranos, pigmeos con facha de gigantes de cuento, que desde su pequeñez mediocre y cobarde se debaten en servicio de inconfesables posiciones, de bajos intereses de secta.

No, hombres de España. Soldados de España, no. El Ejército del pueblo tiene una misión: la lucha contra los invasores. Pero nunca debe ser, nunca será, lacayo obediente de quienes cegados por su orgullo vacío de sensatez, carente de nobleza, estéril de honor y de dignidad proletaria, quieren utilizarlo como medio de nueva tiranía. Nunca debe imponer el Ejército del pueblo, con la fuerza de las armas, en la retaguardia sufrida y laboriosa de la España leal los deseos y los caprichos de un grupo de ególatras sin conciencia y sin honor.

Luchamos contra militarismos viejos y no toleraremos militarismos nuevos. Soldados ocasionales, aceptamos la disciplina militar. La aceptamos y la cumplimos como los hombres del pueblo cumplen sus promesas. Pero los soldados de la España leal tienen su misión en el combate, en la lucha, y no deben inmiscuirse en las cuestiones de la retaguardia. Sería tanto como dar la razón a nuestros enemigos encarnizados que arrasan a España y asesinan a nuestros mejores hermanos.

Y quien al socaire del prestigio de sus uniformes, quien amparándose en sus sardinetas mal llevadas y peor honradas primero, y en el valimiento de personajillos fugaces después, pretende tiranizar violentamente a quienes siempre vivieron en paz y sólo paz desean, debe saber, de una vez para siempre, que juega con fuego.

Y que no olvide, sí, que no olvide nunca, por el bien de todos y por su propio bien, que quien juega con fuego termina siempre por quemarse.

Los más inmorales son quienes con mayor frecuencia nos instan a que seamos morales. Sigamos sus consejos, pero al mismo tiempo obliguémosles a practicar sus bellas teorías



# ¡CESE LA LUCHA ENTRE HERMANOS LIBRES! ¡DAROS LA MANO!

Por J. SABIN.

¿Hemos ganado ya la guerra? ¿Está ya vencido el fascismo? ¿Se ha logrado ya reconstruir los destrozos de la catástrofe a que nos llevó el capitalismo fascista? ¿Hemos cobrado ya los miles de muertos que cayeron asesinados por los señoritos andaluces, ni las vejaciones que nuestras hermanas sufrieron, ni los insultos e injurias recibidos? ¿Se recuperó ya la sangre derramada? ¿Se olvidó el luto que media España lleva en el alma?

Medio pueblo español asesinado, nuestros campos arrasados, nuestras ciudades destruidas, el Arte, la Industria y la Ciencia detenidos por el trance doloroso de la guerra, que estanca todo progreso y todo estímulo cultural. He aquí la respuesta a todas estas preguntas, que yo, el más insignificante de los soldados del pueblo, pongo ante los ojos de cuantos salen al ruedo periodístico, al tablado de la tribuna, al micrófono de la radio, a la "peña" de amigos, al sindicato, al partido político, al taller, a la fábrica, al campo, a las propias trincheras, para que abran los ojos ante la triste realidad, que nos dice que no hemos terminado, que no se vengaron los crímenes del fascismo, que no se reconstruyó España todavía, que ni la Ciencia ni la Industria ni las Artes volvieron a tomar su ritmo normal y progresivo; que retumba el cañón y que la sangre corre; que la metralla muerde la carne del soldado, hijo del pueblo, hermano de los mismos que en la retaguardia se pelean, se insultan, se amenazan; que más de media España sufre bajo la zarpa sanguinaria del fascismo; que el mundo nos mira en espera de la lección definitiva de aplastar a la reacción; que Roma y Berlín nos atacan mientras las viejas democracias europeas se asustan o comercian con nuestra lucha y hasta se preparan para participar de nuestros despojos si se nos logra aplastar; que sólo dos pueblos nos ayudan en esta contienda en solidario esfuerzo: Rusia y Méjico; pero desde tan lejos, que no pueden dar tanto como pueden y quieren.

Y si esto es un hecho, si es así la dura realidad que nos rodea, si los negros nubarrones de la tragedia de España todavía no dejaron alumbrar al sol de la victoria final, ¿por qué se pelea en la retaguardia y se siembra la confusión, la desconfianza y

el odio que salpica hasta las propias trincheras en que se defiende la libertad, poniendo en peligro esta santa alianza que hace correr junta, sobre el noble y bello suelo de la España libre, la sangre de comunistas, socialistas, republicanos y anarco-sindicalistas?

¿Qué se pretende? ¿No se dan cuenta los que escriben que la prensa llega a los frentes, que los discursos alcanzan a las trincheras, que los odios que se siembran detrás de los combatientes alcanzan a éstos y que se retrasa la victoria, mientras el enemigo toma fuerzas y puede, aprovechando nuestra desunión, asaltar sobre el suelo leal golpes de muerte?

El capitalismo ha temido en todas las épocas más a un pueblo callado, que labora por su libertad en silencio, que a las algaradas y gritos estridentes e inútiles. El fascismo será definitivamente vencido cuando la España leal trabaje más y hable menos. Cuando la polémica político-social sea serena y ponderada; cuan-



do no haya luchas de partidos y organizaciones; cuando todos, absolutamente todos, pongan su esfuerzo callado, pero continuo, al servicio de la victoria, ésta es segura y próxima indefectiblemente.

Que en el suelo libre de España no se oiga, fuera del fragor de los combates, otro ruido que los que produce el trabajo, las canciones revolucionarias que entonan los hijos del pueblo cuando van hacia la lucha, y el cantar de las madres que duermen a los hombres libres del mañana.

¿Que se unen todos los republicanos de España, convencidos de que República sólo puede ser la que aglu-

tine a todos los que piensan en republicano? Mejor; a alegrarse tocan.

¿Que se unen en estrecho abrazo, que nada puede romper, cuantos siguen las doctrinas socialistas? Recibamos la noticia con alborozo, que socialismo dividido no es socialismo.

¿Que las sindicales U. G. T. y C. N. T. se unen en alianza indestructible para organizar la economía de guerra, la defensa de la Revolución y la reconstrucción de España? Un mal trabajador, un mal español y un amigo del fascismo será el que no se alegre. El trabajo engrandeció a los pueblos. El trabajo creó la Ciencia, las artes, la filosofía, el progreso y la paz de los pueblos, y un enemigo de los trabajadores será el que no los respete, no los defienda o no les ayude a labrar su completa libertad.

Que cesen los insultos, que acaben las ofensas y las persecuciones en la retaguardia. Que nadie desee dominar a nadie. A la más grande autoridad que pueden aspirar los hombres y las colectividades es a la autoridad moral que dan la abnegación, el trabajo, el heroísmo en la lucha por la libertad, la renunciación a los beneficios particulares y el ejemplo consecuente de una lealtad sin límites.

En esta hora suprema que vive España, en la que se ventila la libertad y la vida, maldito será el que siembre odios por defender ideas o engrandecer grupos políticos o sindicales.

La Historia señalará como traidor al que comprometa la santa unión que entre todos los hombres libres de España ha de existir, y las generaciones futuras lo maldecirán escupiendo su memoria.

¡Hermanos de la España leal: daros la mano! Una sola idea: ¡Venir! Un sólo pensamiento: luchar contra los tiranos. Una sola línea: la que se va extendiendo delante de las trincheras, en las rutas gloriosas de la victoria.

Por los hijos que nacerán sin padre y que tendrán que ser hijos de todos; por los viejos que quedarán sin sostén y tendrán que ser padres de todos, ¡daros la mano!

Gloria y respeto a los héroes muertos. Respeto, amistad, consideración y cariño a los que luchan con las armas o con la herramienta.

Por la victoria, por la paz, por el trabajo, por la libertad: ¡Cese la lucha; daros la mano!





## Las enfermedades venéreas desde el punto de vista profiláctico o preventivo



Sería muy largo el camino si hubiéramos de indicar las causas y los medios de que estas enfermedades temibles se valen para propagarse de un individuo a otro, dejando en uno, o tal vez en alguno de sus hijos, la huella imborrable de la falta de educación sexual de su procreador.

Estas enfermedades nefastas, no solamente comprometen el estado de salud presente en el enfermo, sino, sobre todo, su porvenir y el de su familia, siendo, por lo tanto, no sólo enfermedades desde el punto de vista individual, sino también desde el de vista familiar y social.

En particular una de ellas, la sífilis, tiene consecuencias fatales, de las que no hablaremos porque es difícil comprender los métodos, las reglas a seguir, cuando queremos evitar esta enfermedad, sin conocer, aunque sea a grandes rasgos, las leyes etiológicas de su propagación.

En el aspecto de la guerra no deja de tener menos importancia este tipo de enfermedades y más si se tiene en cuenta que es favorecida su implantación por la suciedad y la falta de higiene genital, los desplazamientos de la población civil, militar y obrera, la promiscuidad en las fábricas, el relajamiento de costumbres y la recrudescencia de la prostitución, etcétera. Tan es así, que el Ejército francés, en la guerra del año 1918, le supo conceder la importancia que merecía, creando las estaciones o gabinetes profilácticos, según el modelo Prophylactic Stations del Ejército norteamericano, donde los hombres practicaban los cuidados de aseo y antisepsia genital después del acto sexual.

No se ha hecho apenas educación por los opúsculos, tomando como tipo, entre otros, aquel pequeño libro de Fournier "Para nuestros hijos cuando tengan 18 años", sino, por el contrario, se atemorizaba al púber y no pocos padres han preferido un onanista a un hijo educado sexualmente, con visión clara de los peligros que las enfermedades secretas encierran y el modo cómo se pueden evitar. ¡A cuántos les habrá pesado ya!

Castidad antes del matrimonio, fidelidad luego. Magníficos proverbios que, pese a su simplicismo, están muy lejos de ponerse en práctica, ya que luchamos con el fisiologismo individual y los medios de vida del individuo, no siempre propicios los primeros a contrarrestar los instintos sexuales, y los segundos, hoy los más, a sobrellevar una castidad eterna.

El camino, pues, es hacer saber al hombre que gran número de enfermedades de su mujer, la ceguera tan frecuente en el recién nacido, etc., no son otra cosa que la herencia o el paso del secreto de muchos días, tal vez años, a través del seno de su propia madre.

La ignorancia inhibe, desde luego, la responsabilidad para aquel que no ha sabido evitar estos males, pero no es para aquellos que no han sabido o no han querido hacer ver las realidades de la vida y en particular de la vida sexual, en torno de la cual gira el mundo. Es al padre a quien compete determinar el momento oportuno para esta labor de educación en la casa; al maestro, en la escuela; al militar, en los cuarteles; al médico, en dispensarios, conferencias, prensa, etc.

Alejándonos de las divagaciones, y ya en la cuestión práctica, apenas si para las enfermedades de que nos ocupamos en este número—balanopostitis, blenorragia, chancro blando—necesitamos grandes antecedentes en el orden científico. Es conocido en el campo de los profanos en medicina, y esto es lo importante, que toda enfermedad venérea tiene su causa en un germen, un microbio, no importa su nombre, y su fuente de propagación en un contagio, las más de las veces, aunque no siempre, en el acto sexual.

De las tres enfermedades a que hacemos referencia, la balanopostitis es producto exclusivo de la suciedad y sólo se da en quien no practica las reglas generales de la higiene o padece una fimosis que dificulta la limpieza y la práctica de estas reglas. Es de advertir que la fimosis, en cualquier grado, favorece todas

las enfermedades venéreas; por lo tanto, una de las primeras medidas debe ser la circuncisión, operación ésta sencilla, con escasos peligros y que reporta las más grandes ventajas.

En cuanto a la blenorragia y chancro blando, mucho más importante que la anterior, las reglas preventivas son las mismas y se desprenden de los medios de transmitirse, que, como ya queda indicado, se hace por contacto inmediato en las relaciones sexuales, pero puede producirse por contacto mediato por los dedos u objetos manchados de pus blenorragico o chancroso.

Las mejores precauciones, cuando las relaciones son sospechosas—las sospechas deben ser muy extensas, casi generales—, son las siguientes:

1.<sup>a</sup> No tocar a la mujer en los días que preceden y siguen a la regla.

2.<sup>a</sup> Evitar el acto sexual por la mañana al despertar si antes no se ha hecho un buen lavado la mujer.

3.<sup>a</sup> Empleo de preservativos, que serán exclusivamente personales y uno para cada acto sexual, y nunca se empleará el ofrecido por ciertas mujeres, que, generalmente, han sido utilizados por otros.

4.<sup>a</sup> A falta de preservativo, se podrá embadurnar el pene con un cuerpo graso, ligeramente antiséptico (vaselina boricada, vaselina con calomelanos).

5.<sup>a</sup> Entre coito y coito se hará limpieza intermedia.

6.<sup>a</sup> Terminado el coito, orínese tanto como se pueda y procédase a una limpieza con agua y jabón.

7.<sup>a</sup> Lavado con una solución antiséptica de sublimado al 1 por 1.000, permanganato al 1-4.000, argirol al 10 por 100, etc.; empléese una jeringuilla para el lavado interno, o una de las múltiples pomadas que circulan por el comercio (blenocol, tubos X, etc.).

8.<sup>a</sup> Todas estas medidas han de ser practicadas tan pronto como se pueda, nunca después de tres horas, porque ya serán seguramente ineficaces. Durante ellas no llevarse la mano a los ojos y hacer un lavado cuidadoso de estas últimas al final.

9.<sup>a</sup> Todo enfermo que tenga chancros o blenorragia debe abstenerse de un modo absoluto de todo acto sexual hasta que la curación sea completa, porque así favorecerá a su curación y no contribuirá a extender estas enfermedades.

10.<sup>a</sup> Todos los que leáis estas reglas difundirlas.

LALLANA,

Teniente médico de la 77 Brigada Mixta.





# La escuela en el frente y en la retaguardia

Por FRANCISCO TORRES MUÑOZ

Comandancia de Sanidad de la 77 Brigada Mixta

Si la escuela ha de cumplir la noble misión que le tiene confiada nuestro siglo, si ha de labrar el espíritu de las nuevas generaciones para el temple que requieren las reñidas contiendas de la época, no puede cerrarse entre cuatro paredes, no puede constituirse en un invernadero, donde vegeten los niños como plantas aisladas, en una semioscuridad misteriosa, fija perennemente la vista en el termómetro, extraños a las agitaciones de la vida social y a los graves problemas de su tiempo; tiene que actuar al aire libre, tiene que aspirar la vida a raudales, difundiéndose, como la sangre, por todos los conductos y arterias del cuerpo social; no ha de representarse por un sencillo plano, sino por el mapa de España, teniendo por confines las playas del mar, por techumbre el cielo, por material de enseñanza cuanto posee y ha atesorado en la serie de siglos la Humanidad; abriendo cátedra en la plaza pública, en el campo, en la mina, en el taller, en el buque, en el mitin, en el museo; allí donde la sociedad se congrega para pensar, para discutir, para trabajar, para realizar eso que constituye el fin último de la Humanidad en la tierra.

Para formar estas escuelas hacen falta "ideas". Ideas que son siempre representación de cultura, de progreso, de estudio, de intelectualización de la sociedad... Los "hombres" ya los da hechos la naturaleza. Cuando se habla de "hombres", en equivalencia de virilidad, de energía, de fuerza, de imperativismo, de voluntad invencible al servicio de las naciones, se cae en un equivoco peligroso, del que no se libra Costa, como no se libra Nietzsche ni otros apologistas de la violencia y de la fuerza en materia pedagógica. La virilidad entre humanos, la energía, la fuerza, cuando son nobles manifestaciones, proceden siempre de la cultura, de las ideas, de la inteligencia clara y educada y asistida de la Historia y del Derecho. Cuando no, son barbarie, y tiranía, y regresión, que

no se ha engendrado, seguramente, en la escuela.

Se pueden pedir "hombres" en este sentido a un gimnasio, pero no a la escuela; lo que no impide que la educación física sea un factor en la preparación de los niños para la vida ciudadana.

Se invocaba ya en los tiempos de Costa, y se sigue invocando ahora, el ejemplo de Grecia, olvidándose de que los helenos supieron hacer compatibles sus esfuerzos físicos en el estadión con la práctica de la democracia en la ágora y la asistencia a las escuelas de Platón, Sócrates, Aristóteles y demás filósofos.

Hoy más que nunca se necesita educar a la juventud destinada a la lucha, que en un mañana no lejano será la antorcha de nuestros ideales, la luminaria de nuestra cultura y el brazo imponente de nuestra justicia; hoy más que nunca se necesita amantarla en las ideas de justicia y redención; hacerle leer en su conciencia lo que allí está escrito desde el principio: "No hagas a otro lo que no quieras que otro haga contigo".

Hoy más que nunca se necesita

desengañar a los pueblos y convencerlos de que no todo es lectura y aritmética en la vida, que el hombre no sólo vive de pan, y que con gran facilidad se tuerce el árbol en los primeros años si con particular cuidado no se le dirige.

En la Pedagogía moderna no entran, como medio educativo, las "pedreas", pero son preferibles éstas, porque detrás de un chichón hay dos pulmones sanos, cerrados a cal y canto a la tuberculosis; hay un trabajador robusto para la fragua, para el arado, para la sierra; hay un soldado para la Patria, hay un héroe para el Sitio de Zaragoza... Al paso que detrás del niño de invernadero, envenenado por los miasmas de la escuela estrecha y reaccionaria, deformado por la lección de memoria, contagiado por la infección, queda el niño enclenque, "sietemesino", el hombre futuro donde se desarrolla la anemia, donde arraiga la tuberculosis.

El mismo síntoma, el mismo defecto, se advierte en la educación de nuestros hombres, hoy convertidos en anónimos luchadores frente a un enemigo que, basándose en una cultura trasnochada y deficiente, arrasa ciudades, destruye pueblos y ocasiona víctimas inocentes.

La educación en las trincheras no puede encerrarse en el aprendizaje de memoria de libros de texto. Hay que hablarle al compañero de cultura, sí, pero también de patria, de justicia, de respeto mutuo, de derechos y obligaciones, en un lenguaje cálido y vibrante, que haga llegar a su alma lo grande de estas ideas y lo sublime de esta lucha, que es lucha porque se combate y sublime porque ha de llevarnos a una era de paz, donde sea un símbolo la palabra "compañero", que sirvió de sepultura a tantos hombres.





# BIOGRAFIA DE FERMIN SALVOCHEA

Para la mitad del pueblo hoy en lucha pasa desapercibida la persona de este inmortal revolucionario, y no porque en su vida no haya un historial fino, digno y limpio. Afirmaré que hasta hoy nadie ha igualado los trazos rectos en los cuales desarrolló su vida de agitador incansable dentro de su idealidad sublime, sino porque las convulsiones que desde su muerte se han sucedido, los nuevos continuadores de las ideas y lo poco afines que somos a personificar a los hombres que de por sí, por su propia obra, se sienten representados a través de todas las generaciones, aun cuando esto sea estricta justicia.

Pero a la hora del reconocimiento, en el momento de la suma de estos valores, es lógico, se impone la necesidad de que se haga la justipreciación que a cada uno de éstos les corresponde; por eso recordamos y cumplimos con un deber histórico al hacer, no la biografía, porque esto requeriría un volumen y bien completo, pero sí un extracto somero de la personalidad de este revolucionario que supo imponerse a su misma condición de privilegiado.

Fermin Salvochea nació en Cádiz el primero de mayo de 1842. Su padre, un comerciante de grandes recursos económicos, le permitió dar a su hijo una educación esmerada. A los quince años fué a perfeccionar sus estudios a Inglaterra, y es aquí donde da comienzo su vida de pensador, pues se le ve siguiendo las teorías que Bredeyover y sus compañeros habían propugnado: el ateísmo.

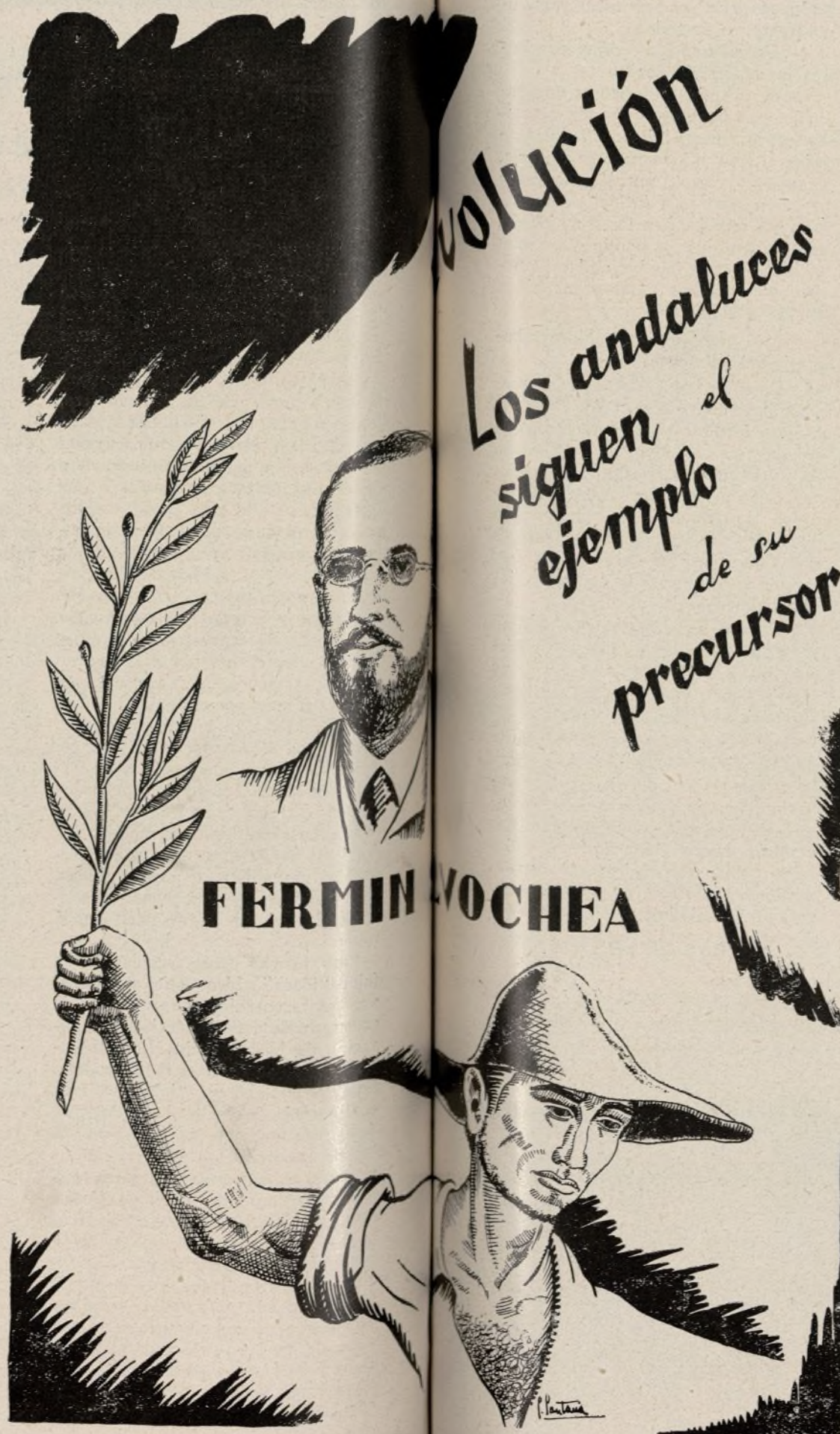
Vivía aún el célebre comunista Roberto Ovven, el cual, no sólo ejercía influencia poderosa sobre la clase obrera británica, sino también sobre gran parte de la pequeña burguesía. Salvochea estudió con muchísimo detenimiento sus obras y poco a poco empezó a desarrollar todo el inmenso y significativo problema social. Desde entonces se declara comunista libertario, sin que sus teorías tengan ningún punto de contacto con Ovven.

Retorna a Cádiz en el 1864, en el preciso momento en que se inicia un movimiento de carácter republicano-socialista en Andalucía. Tomó parte tan activa en él, luchó con tanto apasionamiento y demostró su valor intrínseco en las más graves empresas, que se convirtió en uno de los dirigentes más capaces y de mayor solvencia.

Cuando la reina Isabel volvió a poner el Poder en manos de Narváez el odiado, en 1867, empezó a hervir el pueblo; se operaba entonces una fuerte reacción contra el tirano, que en 1868 empieza a estallar con algunas revueltas en Cataluña y Andalucía, y que son preludio de la revolución de septiembre del mismo año.

Estalla el movimiento el 18 de septiembre en Cádiz, propagándose como un reguero por toda Andalucía. El 28 fué batido el ejército de los rebeldes y el 29 el Ayuntamiento de Madrid proclamó el destronamiento de la dinastía borbónica. Salvochea, en Cádiz, fué elegido miembro de la Junta Revolucionaria y segundo comandante de un batallón de voluntarios.

Por la vergonzosa actitud de Castelar y sus consortes, el día 5 de diciembre eran acibillados a balazos los revolucionarios. Salvochea organizó la defensa de la ciudad, y a pesar de los desesperados esfuerzos de la artillería la lucha duró tres días sin conseguir la toma de Cádiz. Ni que decir tiene que Salvochea luchó como un valiente en todos los sitios de mayor peligro.



Al cuarto día se pide una tregua, que fué concedida y aprovechada por el Gobierno liberal para enviar contra los valerosos defensores de la Comuna un ejército al mando del general Caballero Rodas. Mantuvo Salvochea su posición hasta el día 11, pero a medida que vió que el general avanzaba sin hallar resistencia, comprendió que con el pequeño núcleo de revolucionarios, mal armados, no podía hacer frente, y disolvió su milicia, marchándose tranquilamente al Casino Militar. Por el coronel Pozas en persona fué requerido Salvochea, al objeto de que abandonara Cádiz y pusiese a salvo su vida. Su noble carácter, la valentía en él peculiar, le impidió sustraerse a la responsabilidad que había contraído y esperó. Impresionó tan profundamente a sus enemigos, que el general, ante semejante hombre, rechazó la idea de fusilarlo y lo envió como prisionero a la fortaleza de San Sebastián.

Ante la insistencia del pueblo por su libertad, fué amnistiado en 1869, junto con los demás prisioneros. El 30 de septiembre del mismo año, incansable en su propósito de derrumbar la Monarquía, se marchó, a la cabeza de seis mil hombres, desde Cádiz a Medina para reunirse con los revolucionarios de Jerez y Ubrique. Sostuvieron luchas sangrientas con las fuerzas del Gobierno, dando en todas ellas ejemplo de su heroísmo y arrojo; los pocos que quedaron pudieron internarse en Gibraltar.

En 1871 se concede una amplia amnistía. Volvió a Cádiz, donde lo esperaba el pueblo en masa para aclamarlo; la satisfacción popular era indescriptible.

En 1873 estalló en toda España la revolución cantonalista; entre el 5 y el 13 de julio se sublevaron nuevas ciudades, declarándose en Comunas independientes. Salvochea fué elegido Presidente del Comité de Salud Pública de Cádiz. En los primeros días de agosto fueron reducidos los nuevos revolucionarios, y Salvochea, al igual que en otras ocasiones, quiso compartir la suerte de sus compañeros y esperó a que sus enemigos viniesen por él.

Sus obras son inmensas. Fué fundador del "Socialismo" en 1886; tradujo (estando en el encierro) una obra de astronomía de Camilo Flammarion; "La Conquista del Pan", de Kropotkin; su folleto "La contribución de sangre". Ved cómo hablaba de la propiedad Salvochea: "Hablar contra ella mientras no haya desaparecido no me parecerá nunca superfluo. Ella es el corazón de la hiedra, la cabeza del monstruo formada por el capital y cuyos tentáculos están representados por el clero, el ejército y la magistratura. Fuente de toda desigualdad y causa de toda pasión baja y ruin y el principio de todos los males."

Murió en Cádiz el 27 de septiembre de 1907; su vida de luchador incansable es eterna, y en esta hora, en la que los pigmeos con facha de gigante tratan de irrogarse una tradición que no tienen, les recordamos parodiando a nuestro inmortal.

Que si los militares arrojados al otro lado de las barricadas del pueblo pretenden apoderarse hoy de él, y los defensores de nuestra tradición libertaria son las víctimas propiciatorias en pago de su amor al antifascismo, pronto se verán arrollados por la debacle popular, por el huracán revolucionario y de renovación, que está dentro de su apogeo y que no hay fuerza humana para poderlo detener.

PEDRO REY (Comisario).



# CAMPOS CASTELLANOS

En esa mañana gris, huérfana de sol, bajo un cielo lánguido, he visto al campesino castellano fijamente, con minuciosidad, desde la lejanía primero, para, poco a poco, ir acortando la distancia, atraído por la silueta oscura del labriego y sus mulas sobre el lienzo amarillento de la parva.

El campesino castellano es más triste que el campesino andaluz. Es cuestión de caracteres. Quizás sus miserias habrán sido menores que la de los hijos del terruño de Andalucía; quizás sus zozobras no habrán sido tantas por no respirar por estos pueblos un ambiente social antes de la guerra y de la revolución. Pero, pese a todo, el campesino andaluz ha llenado siempre los campos con sus cantos. Ha venteado la parva al compás de sus coplillas pueblerinas, un tanto satíricas, que se las lleva el viento envueltas entre el polvo áspero de los trozos diminutos de la paja y la capa áspera del grano.

¿Quién que haya pasado por aquellas tierras no ha oído los cantos del labriego y juergas de las siegas? ¿Quién no ha visto sobre el colchón punzante de la parva mozuelos y mozuelas, en juegos de sus años, pasar la noche hasta caer rendidos bajo las mantas de cuadros y como colcha un cielo azul preñado de estrellas?

¿Quién no recuerda la canción popular que adormece al labriego, hace cabecear gallardamente a las mulas, más cuanto más tocan el talán de sus vibrantes campanillas, mientras el tirano movía mohino la cabeza?

¿Quién no recuerda aquello de:

"...arre mulilla torda,  
campanillera.  
A la hija del amo  
quién la cogiera."

Al campesino castellano no le he visto cantar y poco le he visto reír. Parece que la influencia religiosa, maldita como una víbora, pesa sobre estos pueblos, hasta el punto de haber envuelto a sus hijos en un mutismo, siempre fijo allá, en la lejanía, como si quisieran ver más allá de la vida.

Los pueblos que caen bajo la losa de plomo de la iglesia ¡cuánto trabajo cuesta recuperarlos! Se afirma siempre aquello: "La religión es el opio de los pueblos." Los que beben su veneno difícilmente se pueden sustraer del estado nostálgico en que se sumen: envueltos en ese mutismo triste, parecen rechazar siempre todo lo bello que la vida tiene a cambio de una belleza de otra vida inventada por los que comercian con ésta sin importarles aquélla.

Sin embargo, el campesino castellano está reaccionando contra el malsano ambiente que dejó la clercalla entre su incienso de mentiras y latrocinios. Se va forjando en el campo social. Las revoluciones tienen eso: que si bien son repugnantes por sus cuadros dolorosos, son magníficas por sus progresos. Ellas, en el tiempo que tienen a los pueblos bajo sus sacudidas violentas, destruyen lo inservible, dejan el espacio limpio y sereno, quitan de la vía los obstáculos para que la locomotora de la perfección marche veloz, repleta de energías, hacia las cimas de la liberación.

Ellas desmienten aquello de que las revoluciones hay que hacerlas con barricadas de libros en las calles.

Son como los rayos, que, aunque dolorosos, viendo el cuadro triste del pastor deshecho y las ovejas mutiladas, tienen la virtud de anular las miasmas deletéreas del ambiente que lo cargan de muerte.

El campesino castellano está ya en la vida social, que es tanto como decir que está en el principio de su propia vida.

Es verdad que ha venido en las horas amargas de las pruebas. Pero el estoicismo propio de Castilla y la caballerosidad de que ha sido madre, hará que al abrazar los credos de redención humana sus hijos sean verídicos paladines de la causa y que no haya sacrificios que le hagan vacilar ni problemas que le intimiden.

He aquí el concepto social que tiene del momento este campesino que trabaja sin descanso en su parva:

—Camarada, ¿eres de la colectividad o trabajas por cuenta propia?

—Soy de la colectividad. Dí gustosamente mis tierras para ella. Y

hoy, aunque no puedo decir que esto es mío, sí afirmo que esto, aquello y todo, sin que sea de nadie particularmente, es de todos.

—¿Consideras que son provechosas las colectividades?

—Ahora quizás tengamos que sacrificarnos bastante. ¡Es una necesidad de la guerra! Pero cuando termine y con ello venga la victoria, cuando la relación entre la ciudad y el campo sea más íntima, la mecánica nos auxiliará en los trabajos del campo para que los hombres no sean esclavos y para que las mujeres puedan estar en sus casas y los niños en las escuelas.

—¿No crees que es mejor trabajar individualmente?

—Quizás ahora, durante la guerra, tenga cierto beneficio. Pero ¿y cuándo termine ella...? Las colectividades en sus compras de abonos, etcétera, compras hechas por la Federación de Industrias, integrada por todos los campesinos, que traerán una economía considerable, cuya economía no podrán percibir los que tengan que comprar lo necesario, individualmente.

Y cuando las colectividades tengan la colaboración de los brazos de hierro, los individualistas tendrán que seguir siendo esclavos ellos, esclavas sus mujeres y esclavos sus hijos.

Dejo a este compañero del Comité de Colectividades de Chinchón. Sigo hasta que se borra la silueta del campesino que, sin cantar, trabaja incansablemente en la parva común. Días vendrán que el bienestar de todos haga poblar estos cielos de cantos, matando con ello los rostros nostálgicos de la tradición.

**BOREAL DE LOS VIENTOS.**





# ESTAMPAS DEL PASADO Temas Técnico - Militares

¿Qué me decís, estampas del pasado? ¿Qué argumentáis, guerreros imponentes? ¿Qué lamentos deshojáis, altivas damas? ¿Es que tal vez lloráis vuestra pasada grandeza, cual lánguido Boabdil?

No, no habéis tenido lealtad para ello. No habéis sabido levantar el corazón, abandonando la herrumbre de vuestros prejuicios, lavando con justicia la tiranía de una época sangrienta. Vuestros lemas arcaicos, nidos petulantes de aguiluchos, se trastocan en símbolos de amor, justicia y libertad.

¡No llorar, retratos ambiguos!... Volved la vista al presente y ved a "vuestros esclavos" elevados a la cima de su libertad, despojados de celada, con la cara al descubierto y la vista fija en un horizonte maravilloso, pleno de luz y armonía.

¡No llorar, imágenes grises, preñadas de orgullo y faltas de caridad!... Vislumbrad a los presentes "villanos", hoy dueños de la villa, que luchan con una fe irrevocable, para que sus hijos, futuros magnates del mañana, remonten su vuelo, cual moderno Clavileño, en viaje deslumbrante por el suelo patrio, pletóricos de libertad y ansiosos de grandeza..., pero no de esa grandeza flácida de flor de lis, sino de aquella otra que enaltece y eleva: el trabajo.



¡Mi España!... ¡Madre querida!... ¿Qué pena da el contemplarte a través de estos escenarios desvaídos y fantasmales! Tú, que fuiste soberana del Mundo, que en tus dominios no se puso el sol... Tú, raza soberbia y avara de gloria, que con tu espíritu y tu idioma inundaste los ámbitos de la tierra... Tú, madre amorosa, que tiendes los brazos a tus hijos, hoy empeñados en trágica lucha, con inmenso cariño... Tú, doncella de mis sueños, amor de mis amores..., la que recoges las "saudades" de mi Galicia, que con su alborada arrancó lágrimas a los ojos y lamentos al corazón; las "alegrías" de Andalucía, dueña de la belleza y de la gracia, con su cielo azul, antesala de la gloria; los "heroísmos" de Aragón, que se immortalizó en los campos de batalla defendiendo la independencia nacional; los "arpeggios" de Valencia y Murcia, región de las flores y los trinos, patria de grandes artistas; la "reciedumbre" de Cataluña, que regó con su sangre los campos africanos, sin otra disyuntiva que vencer o morir...

¡Tú, Madre España!, alza los ojos de aquella pesadilla, olvídate de todo para pensar en nosotros, tus leones hispanos, que luchan por hacerte otra vez grande, poderosa y justa, al servicio de la más bella causa: el pueblo.

Y vosotros, estampas del pasado, reclud en los lienzos toda vuestra amargura y temor. No somos modernos Atilas. Somos hijos del pueblo, y, como tales, sabemos respetar, no la tradición, bagaje inconcreto de absurdos milenarios, sino el arte, en todas sus manifestaciones.

Callad, grandes damas; no lloréis, altivos guerreros, de chafada cimera: en la penumbra de vuestros cuartos reposad en silencio. ¡Vuestra hora ha pasado!

EL.

(Continuación)

Y, por último, si se trata de una acción ofensiva, **explotar rápidamente todo éxito táctico obtenido y conservar el contacto con el enemigo**. Y si se trata de una situación defensiva, **conservar el terreno a toda costa**, dentro de las órdenes recibidas del Mando.

El Oficial ha de abstenerse en el combate de realizar alardes inútiles de valor; adoptará análoga postura que la tropa y las mismas precauciones que ésta para sustraerse a la observación terrestre y aérea del enemigo. De lo contrario, delata al adversario, por su presencia, el lugar ocupado por la fracción a sus órdenes, atrae sobre ella el fuego enemigo, ocasionándola inútilmente pérdidas perfectamente evitables y, restándola capacidad combativa, perjudica, en general, el éxito de la maniobra.

Más que a realizar deliberadamente actos de riesgo personal, comúnmente innecesarios, a excepción de aquellas circunstancias en que el decaimiento moral de la tropa así lo exija, ha de entender el Oficial que todas sus actividades y todo su valor, en el verdadero concepto de esta palabra, han de tender a conservar durante el mayor tiempo y en el más alto grado las energías físicas y morales de su tropa para utilizarlas al máximo y en toda su plenitud en el momento decisivo del ataque: el asalto.

También debe abstenerse el Oficial de combatir como un soldado, utilizando el armamento peculiar de éste, pues abandona su misión principal de dirigir constantemente el combate de su unidad (305).

En el combate, todos los Oficiales y clases han de estar muy atentos a vigilar el estado psicológico de sus hombres, para tomar rápidamente las medidas conducentes a evitar toda desmoralización.

En toda unidad o fracción que sea baja su jefe, será sustituido inmediatamente por el que le corresponda, dentro de la escala jerárquica, llegandose, en las pequeñas unidades, hasta el soldado más enérgico y decidido, pues ninguna, por pequeña que sea, debe quedar sin jefe.

Todo soldado que haya perdido a sus camaradas se agregará al pelotón más próximo.

Si las bajas sufridas hubiesen sido tantas que una unidad ha perdido noblemente su capacidad de combate, si es igual o superior a compañía, será relevada, y si es inferior se refuerza con otras fracciones de la misma unidad.

Continuará



# DEFENSA DE NUESTRAS LIBERTADES

Por A. RUIZ,

Comisario de la 77 Brigada Mixta.

...Y como por defender nuestra libertad hemos pasado tantas y tantas vicisitudes de una manera voluntaria y consciente, de igual forma, poniendo en ello toda la voluntad y abnegación que en todo momento nos ha caracterizado, hemos de ser los continuadores de esta guerra, en la que nuestra libertad se pone en juego, la cual tiene que ser defendida contra toda clase de inconvenientes.

A medida que el tiempo ha ido transcurriendo, la guerra ha adquirido más dureza. Los ejércitos italogermanos cada día han encontrado una resistencia más tenaz en el Ejército del pueblo, cosa que ha sido más permisible cuando mayor ha sido la organización y preparación de nuestras unidades.

Es bien significativo el hecho de que los fascistas de Franco tuviesen que reclamar ayuda de italianos y alemanes. Con ello demuestran su impotencia para la consecución de sus tenebrosos planes. Si la guerra no se hubiese desenvuelto en esta fase, indefectiblemente ésta hubiera sido terminada al poco tiempo de iniciarse. Pero tenemos que hacer frente a las divisiones del fascismo internacional, lo cual nos valdrá el prolongar la guerra y con ello retrasar nuestra victoria, de la que no dudamos.

En atención a todo esto, son muchos los inconvenientes que en los diversos aspectos saltan a nuestro paso, y esto tiene que ser tenido muy en cuenta por parte de los que conocemos el significado de tan acusado problema.

Necesariamente todos, absolutamente todos, tenemos que sufrir una serie de consecuencias impuestas por las actuales circunstancias, de las cuales sólo podemos hacer responsable a la guerra. Y como la guerra es sostenida por todos nosotros con virilidad y entusiasmo, queda desplazado ese motivo que como tal pudiera tomarse para crear dificultades a nuestros profundos anhelos: los de ganar la guerra.

Es por esto que todo aquel que se considere antifascista tiene que estar plenamente convencido de que la guerra ha de ganarse sea como sea, aun cuando tengamos que soportar todos los inconvenientes que ésta trae aparejados: desde la privación de aquello que es necesario, si no imprescindible, hasta ofrendar la vida.

El lema de "vivir para ser libres, o morir para dejar de ser esclavos" tiene que ser aceptado por todo aquel que sepa apreciar la libertad en su justo valor. Hay que dudar, pues, de aquel que vacile ante este lema, porque quien de tal suerte procede puede considerarse enemigo

irreconciliable de sí mismo y enemigo, por lo tanto, de la libertad del pueblo.

No nos parezca demasiado largo el período guerrero. La guerra terminará cuando haya desaparecido una de las dos partes en litigio; mientras tanto, ésta proseguirá impertérrita su camino de desolación, sembrando la muerte por doquier.

Tampoco puede ni debe parecernos larga la jornada.

Los que hemos vivido años y años sometidos férreamente al yugo de la esclavitud; los que solamente hemos tenido en pago a nuestra calidad de productores la tiranía más cruel que sobre nosotros pudieran ejercer nuestros verdugos, tenemos que sentir la satisfacción de seguir peleando hasta liquidar totalmente la parte más insignificante de nuestro enemigo común. Desde luego que cuanto antes mejor; pero si las circunstancias apuntadas no lo permiten con la rapidez deseada, entonces hay que rendirse a la evidencia, continuando firmes y decididos hacia la meta de nuestro triunfo.

Una necesidad se impone: que todos aquellos compañeros de responsabilidad más significada sean el norte y guía de estas consideraciones, las cuales deben ser hechas, en momentos propicios, a los que desde las trincheras defienden la libertad de todos los pueblos.

Los Comisarios tenemos la mayor participación en el aporte de soluciones a este problema, siempre que a ello haya lugar. Hay que llevar al ánimo de aquellos combatientes que, debido a la falta de convicción social, no sepan situarse en el terreno que como trabajadores les corresponde, la obligación que todos tenemos de contribuir en beneficio de nuestra propia causa: la causa de todos.

Todos los que podemos deducir consecuencias de la situación actual venimos obligados a intervenir directamente y llevar al ánimo de los demás cuál es el sentir que debe animarnos en esta lucha, en la que por nada hemos de darnos por vencidos si no después de muertos.

Que cada cual sepa cumplir con su misión en estas horas históricas, ocupando un puesto allí donde mayor sea la responsabilidad y el peligro y convenciendo al que no lo estuviere de las repercusiones funestas de la guerra, si bien la presente, y por la parte que nos corresponde, tiene bien recompensado esta lucha, porque, al fin y a la postre, luchamos por la libertad de todos los explotados y no por los intereses particulares de nuestros enemigos.

Siempre que sea por defender nuestra libertad, podemos ofrendar alegremente nuestras vidas, porque con ello habremos cumplido con un deber histórico.



# IMPRESIONES DE UN VIAJE A PIE DESDE EL RIOTINTO HEROICO HASTA LA ESPAÑA LEAL

*Dedicado a mis compañeros de Nerva, en el frente del Jarama, pertenecientes a la 77 Brigada Mixta.*

## REPORTAJE

Por FRANCISCO ORTEGA

La noche nos envuelve con su manto de estrellas y, en el horizonte, una claridad opaca insinúa vislumbra la salida de la Luna entre pequeñas y múltiples nubecillas que semejan un rebaño de ovejas conducidas por una blanca y majestuosa pastora.

Somos once fugitivos saliendo en silencio sepulcral de la entraña de una mina abandonada por el agotamiento de su filón cobrizo.

Momentos antes hemos recibido una confidencia: nos van a *cazar* los fascistas antes de amanecer. Nuestra resolución, después de amplio debate, es de huir hacia el frente leal. Un obstáculo se nos presenta que dificulta de manera ostensible nuestro aventurado viaje: la comida. Apenas tenemos para caminar tres días y necesitamos veinte para llegar al término de nuestro viaje. Nos lanzamos al azar, a lo que salga, arriesgándonos por la escarpada sierra andaluza, huyendo de la vigilancia pertinaz y asoladora de la guardia negra del fascio, estratégicamente introducida en el corazón de la sierra.

Hemos amanecido a treinta kilómetros de nuestra salida y, presurosos, ante el temor de ser descubiertos por alguien, nos hemos hundido en el monte, permaneciendo en el más profundo silencio, descansando sobre el duro suelo el amargo cansancio que produce una noche saltando de riesgo en riesgo, unas veces, y hundiéndose los pies en los arroyos, crecidos por la lluvias, otras.

Han pasado tres días y las provisiones se nos han acabado. Un arrendatario pobre de un cortijo situado en término de Arroyomolino de León, provincia de Huelva, nos presta su solidaridad, desprendiéndose generosamente de algún pan y viandas que resta al sustento de sus familiares.

Este compañero revela en su expresión psicológica unos elevados sentimientos, que pone a disposición de cuantos desgraciados fugitivos no hemos querido someternos a la férula de la barbarie fascista. Está constantemente vigilado por los fascistas—nos dice—, y cualquier día, por mi extrema condición humanista, voy a ser víctima de estas feroces hordas. Ante esta delicada circunstancia moral, decidimos alejarnos de tan sincera como generosa compañía, despejando simultáneamente un peligro que cerniase siniestro sobre el viejo campesino. Buscamos en vano una solución para continuar nuestra aventurada marcha.

A los numerosos cortijos que poblan estas sierras no podemos acercarnos, pues los vigilan constantemente guardia fasciosa. Cortijeros y gañanes viven supeditados a las viejas normas de la reacción y hemos de guardarnos de ellos al compás de los guardias.

La situación se nos presenta difícilmente abrumadora. A situaciones difíciles, resoluciones extremas. En un momento hemos pensado una solución, y en otro hemos desvalijado un cortijo de sonriente

situación económica. Es de un fuerte capitalista. La resistencia ha sido inútil ante nuestro vigoroso empuje. Comida, ropa y algún dinero hemos recogido para una veintena de días; ni una sola mancha de sangre se ha derramado en este acto de inminente necesidad. Con todos los escrúpulos posibles hemos realizado un acto de reparación fisiológica. Hemos satisfecho doce estómagos vacíos y no hemos maltratado a nadie. Quinientas pesetas extraídas de la despensa de un burgués que atesora el oro sustraído por el esfuerzo del esclavo campesino no significan nada ante el hambre de doce seres humanos que luchan denodadamente por el triunfo de la justicia, por el imperio de la verdad. Nos hemos alejado del cortijo, no sin antes haber tomado las suficientes precauciones por nuestra seguridad personal.

La lesión en un pie de un compañero nos hace detener unos días en las sierras de Almadén, y, ya restablecido, nos disponemos a continuar nuestro difícil y penoso viaje.

Por noticias emanadas de los pueblos limítrofes sabemos que las fuerzas leales avanzan ventajosamente sobre el enemigo. El desconcierto moral de los fasciosos déjase notar ostensiblemente, disculpándose ahora de sus crímenes, de sus bárbaras matanzas contra los hijos del trabajo. La hora reparadora de la justicia popular se nos antoja que nunca va a llegar.

En nuestros pechos, lacerados por el dolor de tanto asesinato, sentimos el aguijón de la impaciencia, el deseo inexorable de la venganza. Por nuestras mentes pasan fantasmagóricamente los bárbaros acontecimientos en el suelo andaluz, y la sangre se nos pone en ebullición, el instinto salvaje se despierta en nosotros brutal y asolador. Quisiéramos que el fascismo, que las cabezas que lo representan, se convirtieran en una sola para poderla cortar de un tajo. Tenemos hambre de fascistas, sed abrasadora de sangre enemiga, ansias liberadoras de emancipar al pueblo andaluz del yugo del fascismo negro; queremos para esta región mártir la única recompensa que todo el proletariado español exige a gritos: el restablecimiento de una era de paz y solidaridad humana, donde la justicia no sea vulnerada por nadie y la felicidad alcance pródiga y saludable a todos.

## HACIA EL FINAL DE NUESTRO VIAJE :- :- :- :-

En una cabreriza distante siete kilómetros de Almadén hemos tropezado con unas familias campesinas, que generosamente nos han ofrecido su solidaridad, proporcionándonos comida caliente y calzado, que de igual forma abonamos. Dos días después hemos tenido que salir precipitadamente ante la noticia fatal de que van a *cazar* la sierra.

El camino de noche y sin ruta ofrece tales sinsabores, está tan lleno de peligros, que únicamente la desesperación extrema de unos condenados a muerte puede desafiar. Los pies, sangrantes por lo arisco del

terreno, nos hace irrumpir en exclamaciones de odio hacia los responsables de tanto dolor humano. La creencia de vivir un régimen cercado de justicia social nos da alientos para continuar nuestro via-crucis hasta el final.

## EN CAMPO LEAL

Llevamos veinte días de camino sin saber dónde estamos. Hemos entrado en terreno de campiña. Infinidad de cortijos pueblan este campo abandonado. La influencia asoladora de la guerra ha hecho presa en una enorme riqueza de trigo que nadie aprovechará. Escondidos entre enormes trigales hemos permanecido un día, observando desde allí la presencia de alguien, pues estamos dispuestos y decididos a preguntar dónde nos encontramos.

Cansados de aguardar en vano, nos hemos dispuesto a entrar en el primer cortijo que encontremos al paso, pues la comida hace más de un día que se nos ha acabado.

Hemos encontrado uno y hemos tomado las precauciones de rigor para entrar. El cortijo está desierto. Los fascistas se han llevado casi todos sus viveres. Pero en su huida han olvidado unas cuantas gallinas y un poco de arroz, que nosotros aprovechamos en una formidable caldereta, que consumimos alegremente. La situación parece sonreírnos; aprovisionámonos de garbanzos, sustituyendo al pan admirablemente.

Hemos emprendido nuevamente la marcha y hemos tropezado improvisadamente con un alférez de la Brigada Internacional que, puño en alto, nos saluda y nos dice que estamos hace bastantes horas en "terreno republicano". Nuestra alegría nos hace irrumpir en exclamaciones y vivas a la España antifascista. Inmediatamente se ha presentado la caballería del Batallón Ferroviario, situado en el frente de Peñarroya. Somos conducidos al campamento entre vivas y apretones de manos de soldados y oficiales. Comemos alegremente, y en seguida somos trasladados a Pozoblanco, población ésta devastada casi totalmente por la aviación negra del fascismo. Aquí no nos han recibido tan lisonjeramente como en la Comandancia del Batallón Ferroviario. He notado en seguida que la moral en la retaguardia no está a la altura de las circunstancias, y en la primera ocasión he corrido hacia Jaén, haciéndome presente a la Organización a que hace veintiocho años pertenezco. Mis deseos por trabajar al servicio de la Revolución española, se estrellan ante las dificultades que presenta esta joven Organización, nacida al calor de la guerra. Hago indagaciones por saber el paradero de mis compañeros de Riotinto. Me he enterado por un paisano de José Sabín; que Antonio Molina vive y que es el Comandante del Primer Batallón de la 77 Brigada Mixta. Mi alegría es indescriptible. Basta una carta para que este compañero se ponga en contacto con mis paisanos y un giro de más de mil pesetas me sorprende, transformando mi situación agobiadora, en el aspecto económico, en un plano de relatividad más optimista.

Hoy ya me encuentro en el frente del Jarama, entre los militantes de Nerva, que han dado un alto ejemplo al Ejército Popular, en el frente de Madrid.





## EL COMISARIO

El Comisario es un forjador de victorias. El día que se formó el Cuerpo de Comisarios se empezó la senda sólida en pos del triunfo.

Es sabido el camino que tiene que recorrer el Comisario. Elegido entre los compañeros, que por sus cualidades han podido glosar la lucha social en la literatura y en la tribuna, por lo regular alejado antes un tanto de la acción combativa, propiamente dicho, por beneficio de la lucha misma. Ahora, atentos a su consigna de "ser los primeros en avanzar y los últimos en retroceder", son vanguardia de la masa combativa y, tras esto, el maestro, el amigo, el compañero que tiene que vencer continuamente al camarada soldado de la necesidad de admitir como buenas las vicisitudes de la lucha, como camino espinoso, pero imprescindible para alcanzar las grandes cimas.

Porque las victorias, las grandes victorias, las que son dignas de llevar tal nombre son aquellas que han sido formadas con materiales de sacrificios, con el metal del estoicismo,

con la piedra de toque de las virtudes. Sólo aquellas que para su logro tuvieron necesidad de destruir barreras, desafiar abismos, llenarse de espinas del camino el cuerpo, de aniquilar obstáculos se pueden llamar victorias.

Y aquellas que se conquistan tras reveses y que, a pesar de ellos, aún sobran ánimos para aniquilar al enemigo son las que se catalogan como grandes victorias.

Y los hombres que las conquistan se pueden clasificar como "nada menos que todos unos hombres", supuesto que son sus artífices. Hércules que no hubieron vendavales que hicieran tambalear sus cuerpos. Atlantes que cargaron con el peso de un mundo de infortunios sin decaer el ánimo, para después, en grandiosa sacudida, ser verdaderos artistas de la obra maestra: la victoria.

Despreciables triunfos aquellos que se logran sin sacrificios aparentes. Son despreciables e indignos. Algo como la vanagloria de un gigante que le hubiera pegado a un enano. O la insula de un hombre que ven-

ciese a un niño. Son, pues, victorias; son lutos de derrotas.

Para forjar los hombres para la verdadera victoria están los Comisarios. Y ése es su papel principal. Haciendo de los hombres leones en la lucha para después traerlos a su lugar de hombres.

Es árido el camino del Comisario, pero es sublime su papel.

¿Qué sería de un Ejército nuevo, constituido por hombres rebeldes, impulsivos, sin el sedante del Comisario a veces, sin el acicate del Comisario después?

Por esto, para el cumplimiento de su deber, no deben de haber trabas. Las trabas en el camino del Comisario es ya un principio de derrota. Es el obstáculo para la preparación de la victoria.

Su misión es adelante, siempre adelante. Frente a todo lo que no sea cantos de triunfos, saltando por las vallas que le pongan, con los ojos puestos en el objetivo ansiado. Nada debe detenerle: ni las rosas del camino ni las espinas del sendero. Adelante, siempre adelante, hacia la victoria, que es su misión, supuesto que es cantor de ella.

Colaboradores debe encontrar por doquier el Comisario. Ayudadle, pues, soldados; ayudadle como Comisario, como amigo, como compañero, ya que como vosotros sufre, como vosotros lucha y como vosotros muere.

**ANTONIO PEDRAZA**

Comisario de Guerra de la  
77 Brigada Mixta.

**No olvidar, compañeros, que el Comisario sufre con vosotros los rigores de la guerra y goza de las mieles del triunfo. No olvidar que es vuestro padre, vuestro hermano, vuestro compañero.**



**Fomentad el estímulo; él os llevará a una superación beneficiosa. Nuestros jefes lo ruegan; nuestros muertos lo exigen.**